

EL VIAJERO Y LA ILUSTRACION: ORIGENES IDEOLOGICOS EN LA RECUPERACION DE LA ANTIGÜEDAD

Por LILIA MAURE RUBIO

Este artículo forma parte de un estudio sobre los libros de viaje del siglo XVIII y su relación con la recuperación de la antigüedad que durante este siglo se llevó a cabo; tiene como objetivo plantear una reflexión sobre los orígenes ideológicos que conllevaron dicha recuperación, y la importancia que en ésta tuvieron las publicaciones de las ruinas antiguas realizadas por los intrépidos viajeros de finales del siglo XVII y principios del XVIII.

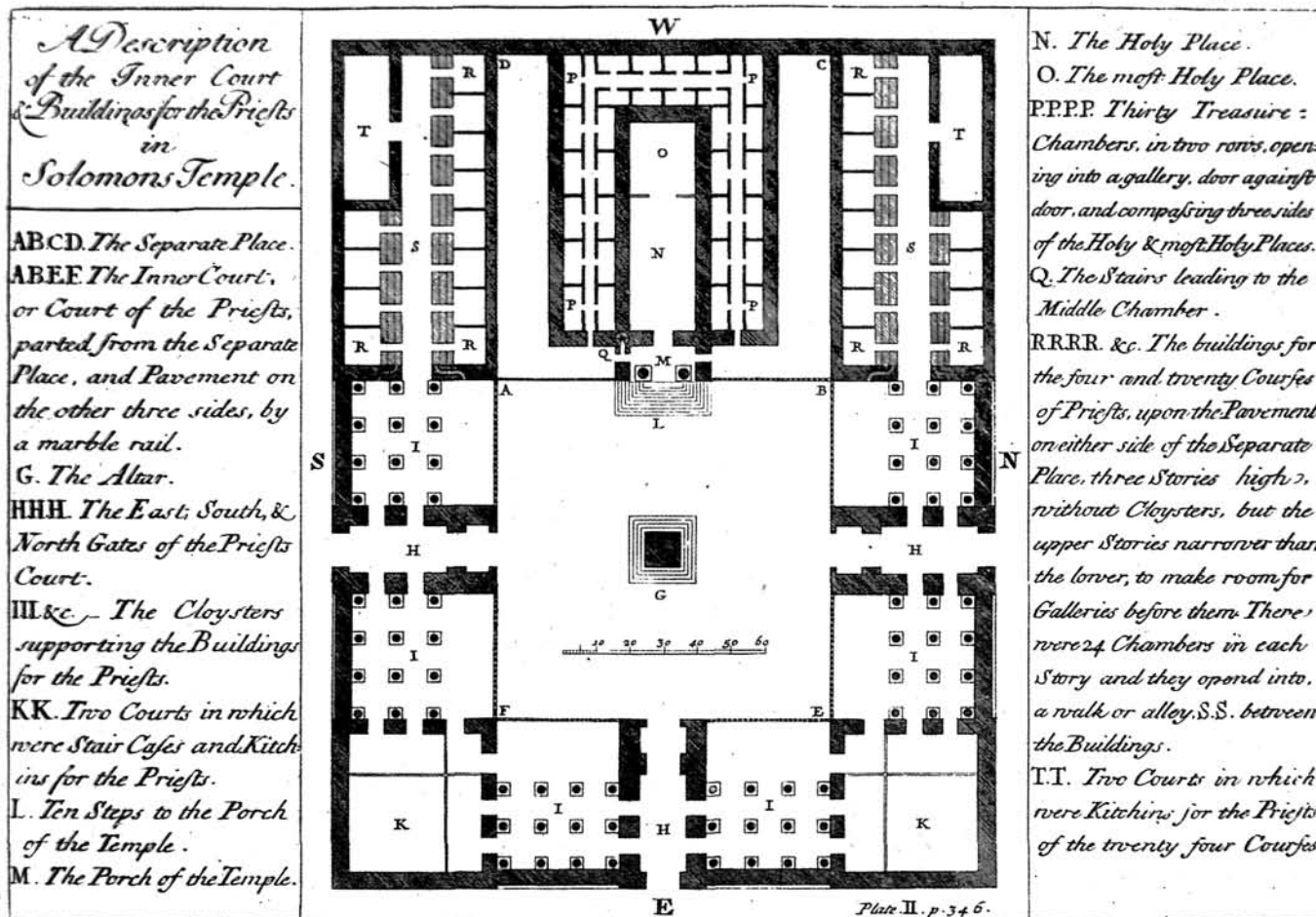
Curiosamente, los orígenes ideológicos de tal recuperación coincidieron con los orígenes más inmediatos de la Ilustración y, consecuentemente, con los de la modernidad, que bien pueden situarse en los nuevos planteamientos científicos desarrollados a lo largo del siglo XVII. Si la antigüedad y los textos clásicos

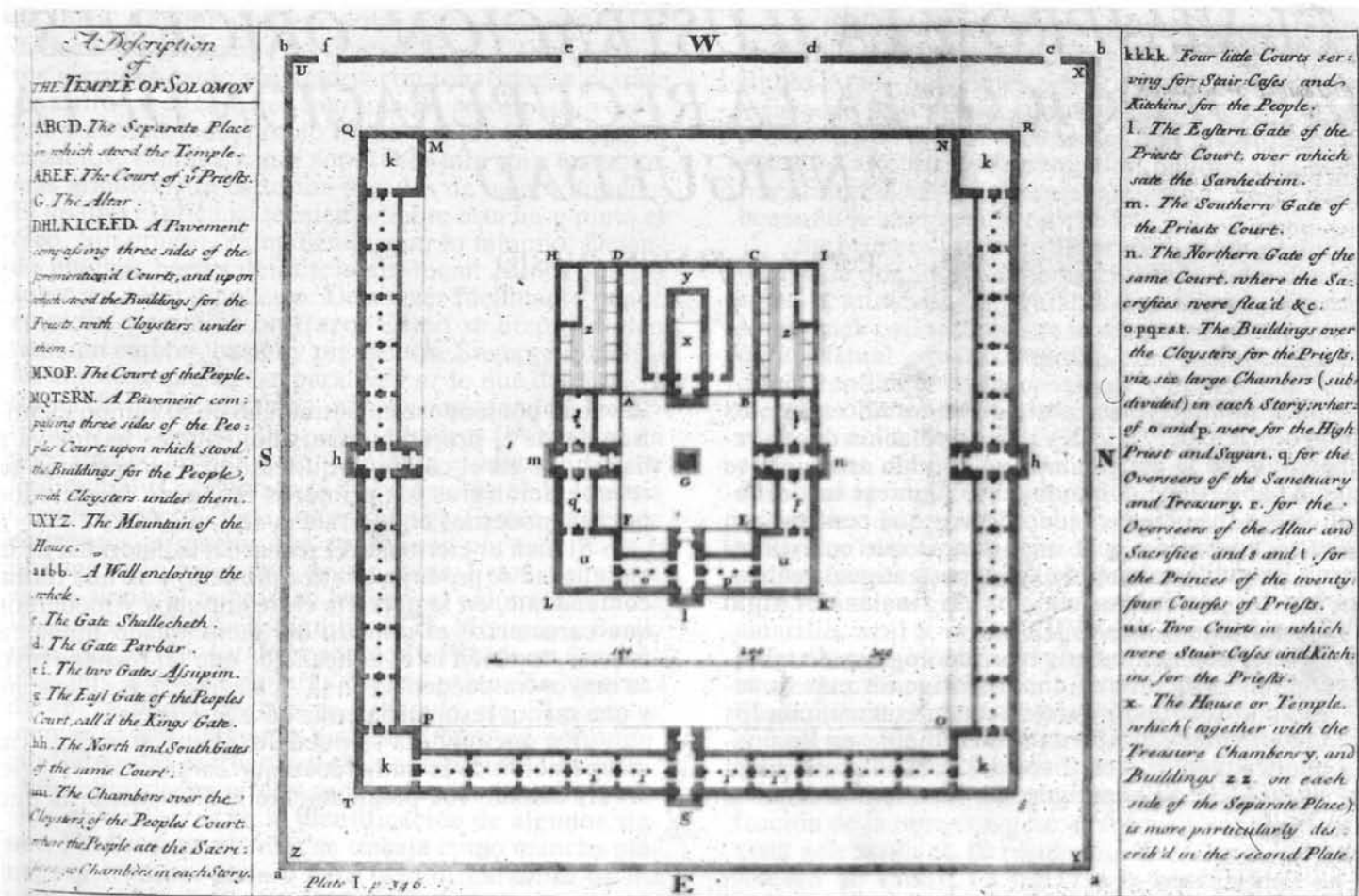
llevaban poniéndose en entredicho en el campo científico desde el propio humanismo, ¿qué es lo que va a hacer que en el campo arquitectónico se potencie su recuperación tras los primeros rechazos enunciados por los modernos en la Francia de Luis XIV?

Si bien es cierto que el rechazo a la autoridad de la antigüedad se produjo, por vez primera, y de una forma contundente, en la querrela entre antiguos y modernos que caracterizó el reinado del mencionado monarca francés, también lo es el hecho de que tal rechazo tuvo su mayor trascendencia en la Academia de las Ciencias y una menor resonancia en la de Arquitectura.

¿En qué medida se puede explicar, por tanto, la recuperación de la antigüedad que caracterizó el siglo XVIII cuando fue precisamente la Ilustración la que

El Templo de Salomón, en Isaac Newton: *The Chronology of Ancient Kingdoms Amended*, 1728. (British Library).





El Templo de Salomón, en Isaac Newton: *The Chronology of Ancient Kingdoms Amended*, 1728. (British Library).

promovió un nuevo modo de pensar en el que se desarrollaron los principios de la incipiente modernidad?

La aparición de la filosofía natural tuvo lugar como consecuencia de los nuevos planteamientos científicos desarrollados en el siglo XVI. Su incidencia en la evolución del pensamiento la llevó a una tensión constante con la teología; su desarrollo provocó una nueva actitud en la visión y comprensión del mundo, planteando una inmediata reflexión sobre las teorías tradicionales que regían los distintos campos de la vida. Su momento más trascendental, las últimas décadas del siglo XVII, momento en el que la razón adquiere un gran protagonismo como instrumento de interpretación de aquellas verdades eternas enunciadas por la teología.

Dos fueron las consecuencias que la evolución de la filosofía natural tuvo sobre la evolución de la arquitectura. Si aceptamos la existencia del neoplatonismo pitagórico, que basaba en la matemática la búsqueda de la armonía mística del universo, como base de la filosofía natural, podemos entender el porqué del empeñamiento con que la arquitectura pretendió establecer unos principios, igualmente armónicos, que tenían en la matemática, cuando no en la geometría, su seguimiento a la ciencia hacia una interpretación mística del mundo. Y esta situación, que en el campo científico terminó con la sustitución del escolasticismo racionalista por el empirismo científico del siglo XVIII, no sufrió la misma suerte en arquitectura.

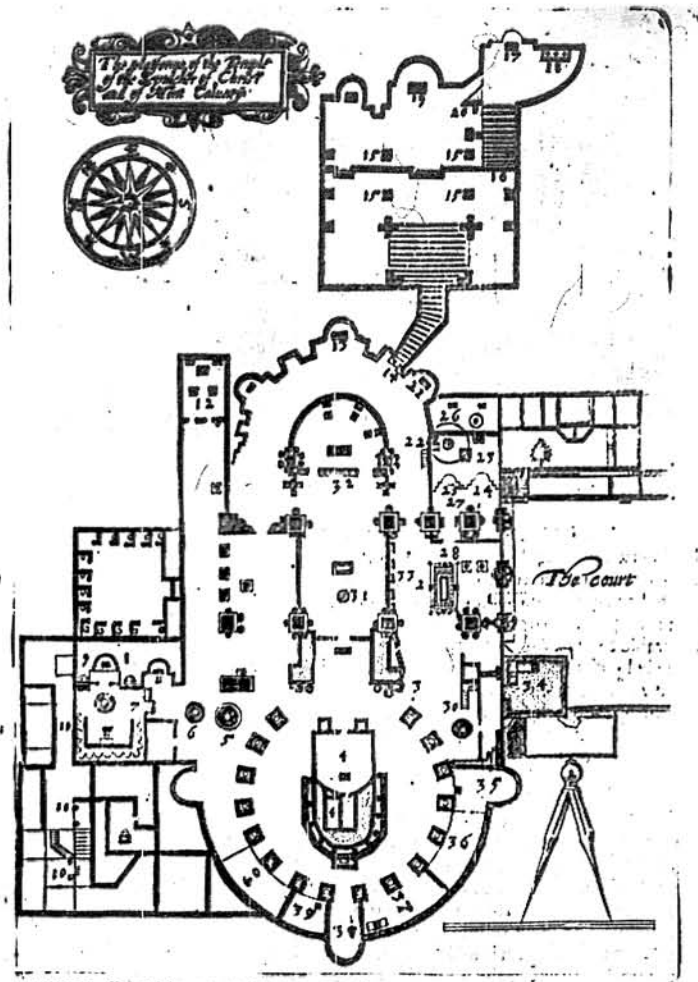
Los modelos científicos del siglo XVII establecían las apoyaturas teórico-científicas que permitieron un replanteamiento de la búsqueda de las leyes eternas de la arquitectura, una vuelta a los principios tradicionales que habían regido desde la época clásica.

Las proporciones, los órdenes, se recuperaban complementariamente pero, ¿hasta qué punto podemos decir que los viajes supusieron un objetivo científico de esta recuperación teórica a la que acabamos de hacer referencia? Como veíamos anteriormente la filosofía natural supuso un nuevo neoplatonismo arquitectónico, y, por otro lado, conllevó, durante las últimas décadas del siglo XVII, la indagación sobre los orígenes de la civilización, poniendo en entredicho las teorías tradicionales sobre los orígenes hebreos. Esta reflexión dio lugar a toda una serie de estudios que ocuparon las mentes de los grandes filósofos del siglo XVII, impulsando en sus últimas décadas a un tipo de viajero que, con motivaciones claramente religiosas, decidió acudir al reencuentro geográfico con sus inicios, a Tierra Santa –véanse J. F. Goujon, *Histoire et Voyage de la Terra-Sainte* de 1671; W. Halifax, *An Account of Tadmor*, de 1705; H. Maundrell, *A journey from Aleppo to Jerusalem* de 1703; E. Chishull, *Antiquitates Asiaticae*, de 1728... La divulgación de sus libros de viaje contribuyó a potenciar el interés por el conocimiento de Oriente Medio, y provocó, indirectamente, la recuperación formal de la antigüedad a lo largo del siglo XVIII.

Los primeros viajes a Oriente Medio no respondieron a ningún objetivo artístico, ni fueron precisamente los artistas quienes por vez primera divulgaron dibujos y descripciones de la arquitectura griega, desconocida hasta el siglo XVIII, ni de los asentamientos romanos de Oriente Medio. Los primeros viajes que tendrán una trascendencia definitiva en el despertar de la conciencia artística europea sobre la realidad de las formas de la antigüedad van a ser realizados por esos individuos, citados anteriormente, que desde las últimas décadas del siglo XVII viajaron por tierras peligrosas y poco conocidas de Grecia y Asia Menor.

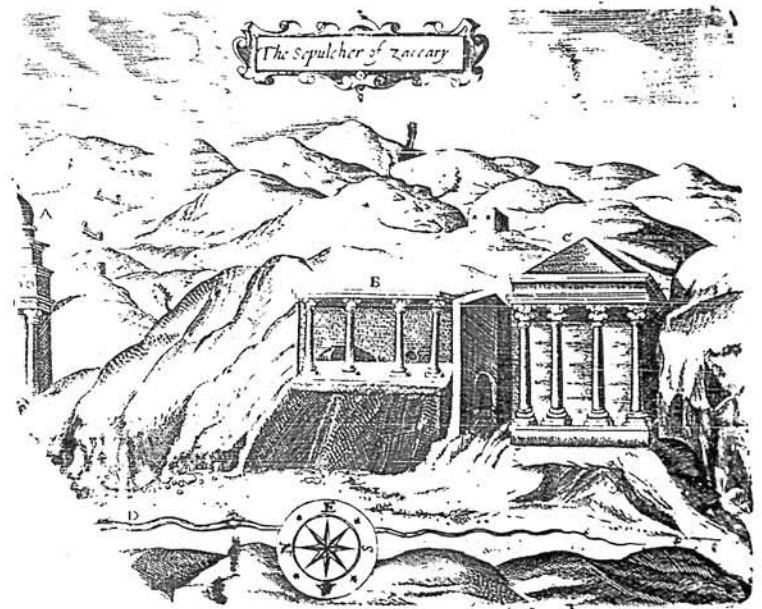
Tres van a ser los hechos que potencien la recuperación teórico-formal de la antigüedad que tuvo lugar desde las primeras décadas del siglo XVIII: 1.—la búsqueda de las leyes eternas que los científicos enunciaban como regidoras de la armonía del mundo y que en arquitectura planteó la revisión de los órdenes clásicos,

El Santo Sepulcro, en George Sandys: *A relation of a journey begun in 1610.* (British Library).



- | | |
|---|--|
| <ul style="list-style-type: none"> 1. The entrance; 2. The stone of the Anointing; 3. The passage to the Sepulchre; 4. The Sepulchre; 5. Where Christ appeared to Mary Magdalene; 6. Where Mary Magdalene stood; 7. The Chapel of the Apparition; 8. The Altar of the Scourging; 9. The Altar of the Holy Cross; 10. The rooms belonging to the Ladies; 11. The Chapel of the Angels; 12. The prison of Christ; 13. The Chapel of the division of his garments; 14. The descent into the chapel of S. Helena; | <ul style="list-style-type: none"> 15. The sweating Pillar; 16. The descent into the place of the invention of the Cross; 17. Where the Cross of Christ was found; 18. Where the two nails were found; 19. The Chapel of S. Helena; 20. Her Stair; 21. The chapel of the Descent; 22. The ascent to the Mount Calvary; 23. The Chapel of the immolation of Isaac; 24. Where Christ was nailed to the Cross; 25. Where crucified; 26. Where they kept the Altar of Melchisedech; 27. The rest of the Rock; |
|---|--|

28. The



A Part of the Pillar of Absalom.
B The case of S. James.

C The Sepulchre of Zachary.
D The East Gate.

El Sepulcro de Zacarías, en George Sandys: *A relation of a journey begun in 1610.* (British Library).

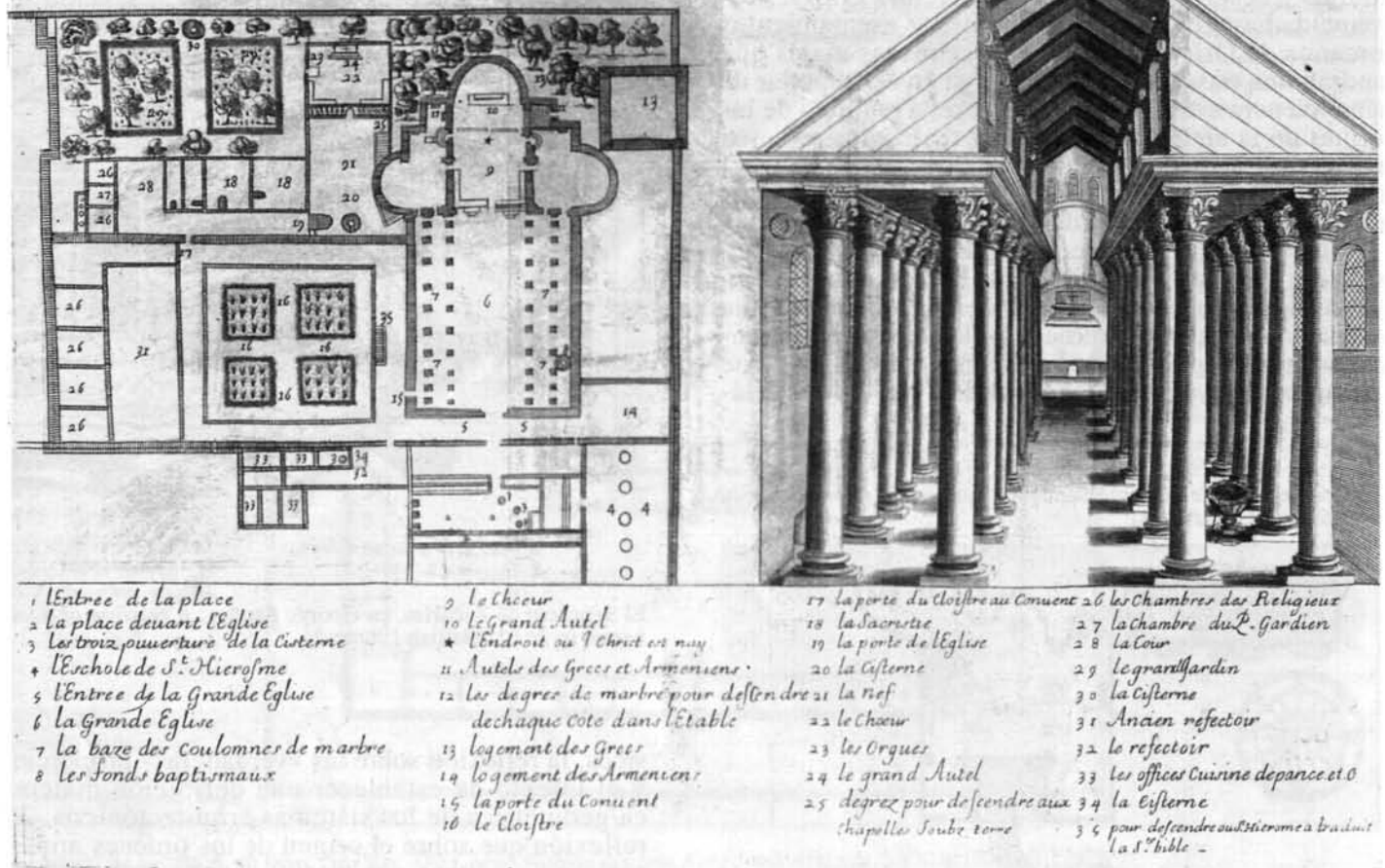
sicos, la reflexión sobre las «verdaderas» proporciones y el intento de establecer una definición matemática/geométrica de los sistemas arquitectónicos; 2.—la reflexión que sobre el origen de los órdenes arquitectónicos tuvo lugar, con motivo, por un lado, de los estudios realizados sobre los orígenes de la civilización y, consecuentemente, de la arquitectura, y por otro, de la crítica que la Contrarreforma realizó sobre el uso de dichos órdenes, acusando a los humanistas de la utilización de un lenguaje pagano; 3.—la aportación gráfica de los viajeros que desde el siglo XVII comenzaron a dar a conocer Oriente Medio.

LA BUSQUEDA DE LAS LEYES ETERNAS

Al igual que la naturaleza —sistema cerrado de causas y efectos—, la arquitectura sería vista por los ilustrados como un ente susceptible de ser definido por leyes universales establecidas mediante un análisis conceptual. En el caso de la naturaleza, el método practicado era el de reducir los acontecimientos naturales a un enunciado matemático.

Aunque fue Leonardo da Vinci quien pronunció la mecánica moderna y Copérnico quien revolucionó la cosmografía del universo enunciando el sistema heliocéntrico que perfeccionaría Kepler, hay que atribuir a Galileo el abandono total de la física aristotélica. Fue él quien estableció que lo único real en la naturaleza es lo cuantitativo, rechazando las cualidades corporales que pasan a existir sólo en el sujeto que las percibe. Con la obra de Galileo la ciencia moderna recibía su primer impulso que Newton confirmaría con su sistematización universal.

La arquitectura, en su seguimiento a las ciencias, disociaba su aproximación hacia el hecho arquitectónico. Los modernos descartaban la idea de una belleza



La Iglesia de Belén, en Jacques Florent Goujon: *Histoire et Voyage de la Terra-Sainte*, 1671. (British Library).

objetiva, rechazando por tanto la trascendencia de los órdenes clásicos y de sus proporciones, en la definición de las cualidades físicas del elemento. Estas pasaban a ser subjetivadas en la apreciación personal del objeto. Los antiguos buscaban los principios universales de las cualidades objetivas de la producción artística.

La búsqueda de las leyes eternas que rigen la armonía del mundo había sido el objetivo común de científicos y filósofos. Copérnico se limitó a definir un mecanismo ordenado en el que las esferas giraban concéntricamente alrededor del sol. Aunque las teorías pitagóricas estaban vigentes en la época, planteando que la armonía de la naturaleza se basaba en las matemáticas, la ausencia del desarrollo del cálculo infinitesimal obligó a diseñar el modelo cósmico apoyándose en la geometría. Se buscaban las leyes inmutables que regían el mundo. Con Newton la aritmética y el álgebra sustituyeron a la geometría como lenguaje matemático capaz de interpretar la naturaleza. Para él, la ciencia no era más que la formulación matemática del proceso del mundo natural.

En arquitectura la geometría había dominado las composiciones espaciales de gran parte de la producción barroca; se entendía como el instrumento capaz de definir el modelo o microcosmos a imagen y semejanza del macrocosmos, del universo. Contemporáneamente a Newton, la revalorización de la matemática

ca trajo consigo asimismo una revalorización de las complejísimas series que caracterizaron la definición de las proporciones arquitectónicas manejadas por la tratadística clásica. Se inició una nueva reflexión sobre los órdenes como los únicos instrumentos capaces de asegurar la armonía en la arquitectura. La búsqueda de las leyes eternas que rigen el mundo arrastró a los teóricos y artistas a la búsqueda de las leyes que asegurasen la armonía del microcosmos arquitectónico. La antigüedad se recuperaba como posible período de conocimiento de esas leyes eternas. El estudio de lo desconocido —los verdaderos órdenes de la arquitectura griega— coincidía con las primeras publicaciones de los viajes de esos hombres intrépidos que caracterizaron los viajes desde 1670 hasta 1730 aproximadamente.

LA REFLEXION SOBRE EL ORIGEN DE LOS ORDENES ARQUITECTONICOS

Como decíamos anteriormente, con la acusación realizada por la Contrarreforma, en relación al origen pagano de los órdenes arquitectónicos, de la utilización del lenguaje clásico, se reavivó la polémica sobre dicho origen, apareciendo toda una serie de estudios encaminados a demostrar las connotaciones religiosas de los órdenes clásicos.

En este sentido, el texto más trascendental de la

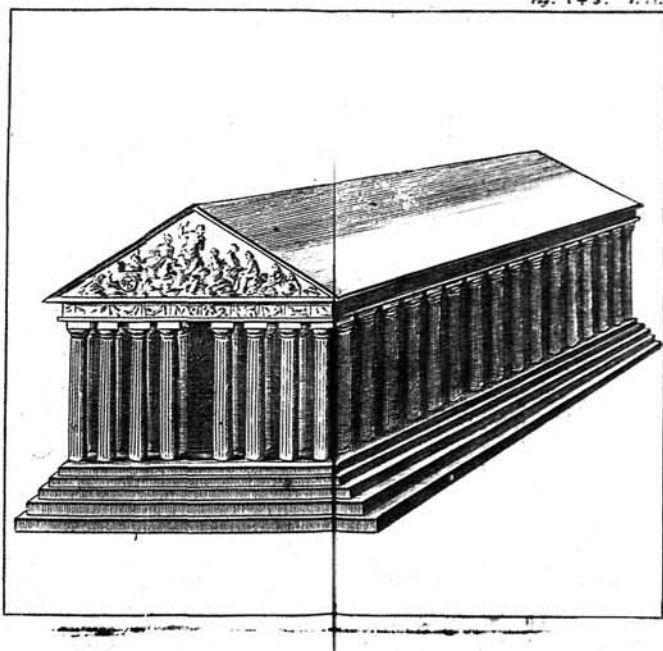
época fue la obra de los jesuitas españoles Juan Bautista Villalpando y Jerónimo del Prado, publicada en tres volúmenes entre 1596 y 1604, titulada *Ezechielem Explanationes et Apparatus Urbis ac Templi Hierosolymitani*. En su vol. II, se recoge la visión del profeta en la que Dios le revelaba la existencia de un gran templo que Villalpando identificaba con el Templo de Salomón, ofreciendo la reconstrucción formal de éste.

El objetivo de Villalpando era doble. Por un lado, el hecho de que al ser considerado que el Templo de Salomón había sido construido bajo la inspiración directa de Dios, cuando no bajo su propia mano, su reconstrucción, siguiendo la visión de Ezequiel, suponía —en la utilización tanto del sistema arquitectónico como de sus mediciones— la reconstrucción de los principios arquitectónicos divinos, revelando de este modo las leyes universales de la armonía arquitectónica. Su perfección no podía ponerse en duda. En segundo lugar —y aunque Villalpando emplease el orden corintio en su reconstrucción— el jesuita otorgaba, en su utilización del lenguaje clásico, origen divino a los órdenes, acallando las críticas de la Contrarreforma.

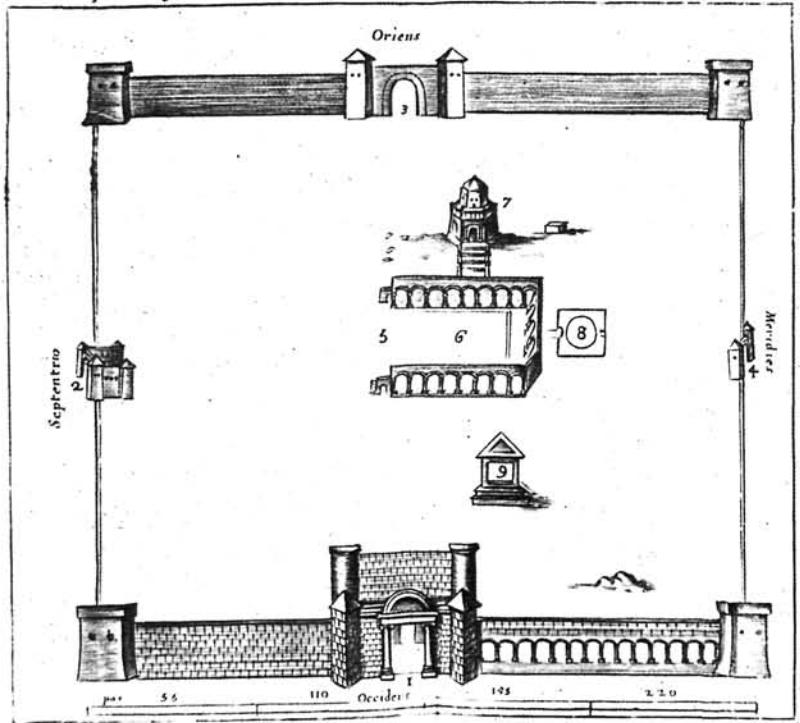
La lectura de Villalpando entroncaba con la concepción de la historia que, a lo largo de los siglos XVI y XVII, siguiendo los escritos bíblicos, apuntaba por la primacía de los judíos frente a otras civilizaciones, conllevando de este modo una interpretación providencialista de la historia. Se consideraba que los judíos no sólo constituían el pueblo más antiguo sino que de ellos derivaba el conocimiento que definió el mundo de la antigüedad, el cual, bien a través de Egipto o directamente, llegaría hasta los griegos, caracterizando la civilización clásica.

Será sin embargo durante las últimas décadas del siglo XVII cuando se va a poner en cuestión la correcta ubicación del pueblo judío en relación a los demás pueblos de la antigüedad, estableciéndose la importancia de los egipcios y su prioridad en la posesión y difusión del conocimiento.

El Partenón de Atenas, en Jacob Spon: *Voyage D'Italie, De Dalmatie, De Grece, Et Du Levant Fait és années 1675 et 1676, 1678*. (British Library).

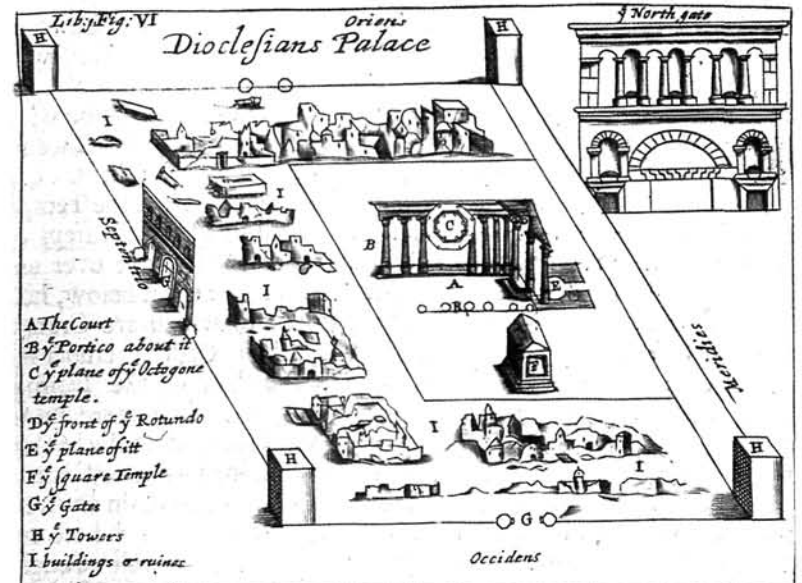


1. 2. 3. 4. Portes du Palais 5 Milieu de tout Ledifice. 6 Temple quarré decouvert 7 Temple Octogone 8 Temple Rond 9 Petit Temple quarré

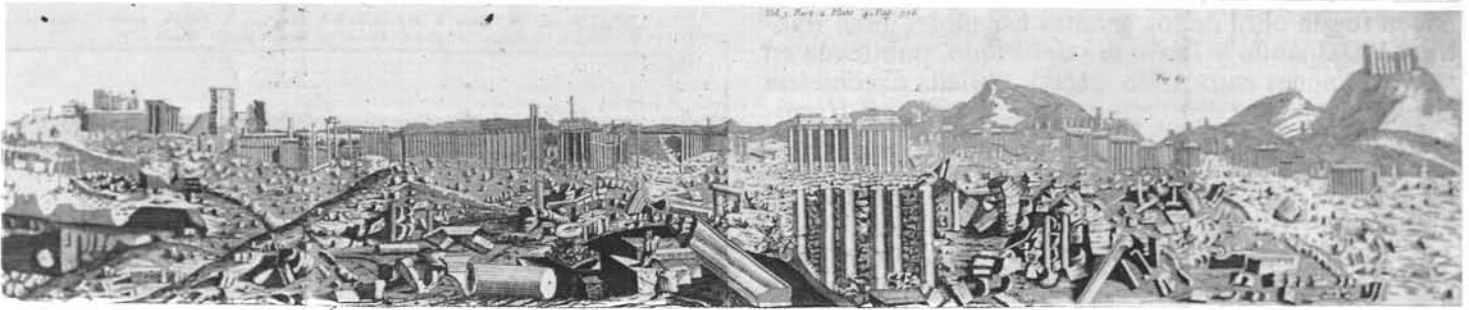


Palacio de Diocleciano en Spalato, en Jacob Spon: *Voyage D'Italie, De Dalmatie, De Grece, Et Du Levant Fait és années 1675 et 1676, 1678*. (British Library).

Palacio de Diocleciano en Spalato, en George Wheler: *A journey into Grece*, 1682. (British Library).



La década de los 1660 se constituía en momento de gran preocupación sobre una correcta cronología de los acontecimientos bíblicos y clásicos. Aunque el punto de partida para los filósofos y científicos se encontraba en la exégesis bíblica, se consideró que la Biblia, por un lado, no había sido creada para establecer un sistema de filosofía natural y, por otro, que no constituía la clase de entramado histórico que la nueva ra-



La ciudad de Tadmor –Palmyra–, en Will Halifax: *An Account of Tadmor*, 1705. (British Library).

cionalidad exigía. Los estudios comparativos entre los textos sagrados y los profanos se convirtieron en una de las pasiones de la época; una pasión que tuvo una influencia directa: el viaje a Tierra Santa, y por extensión, a Egipto, como posible alternativa de los orígenes de la civilización –véase Manuel, Frank E: *Isaac Newton historian*, Cambridge, 1963.

Frontispicio de M. Corneille le Bruyn: *Voyage au Levant*, 1700. (British Library).



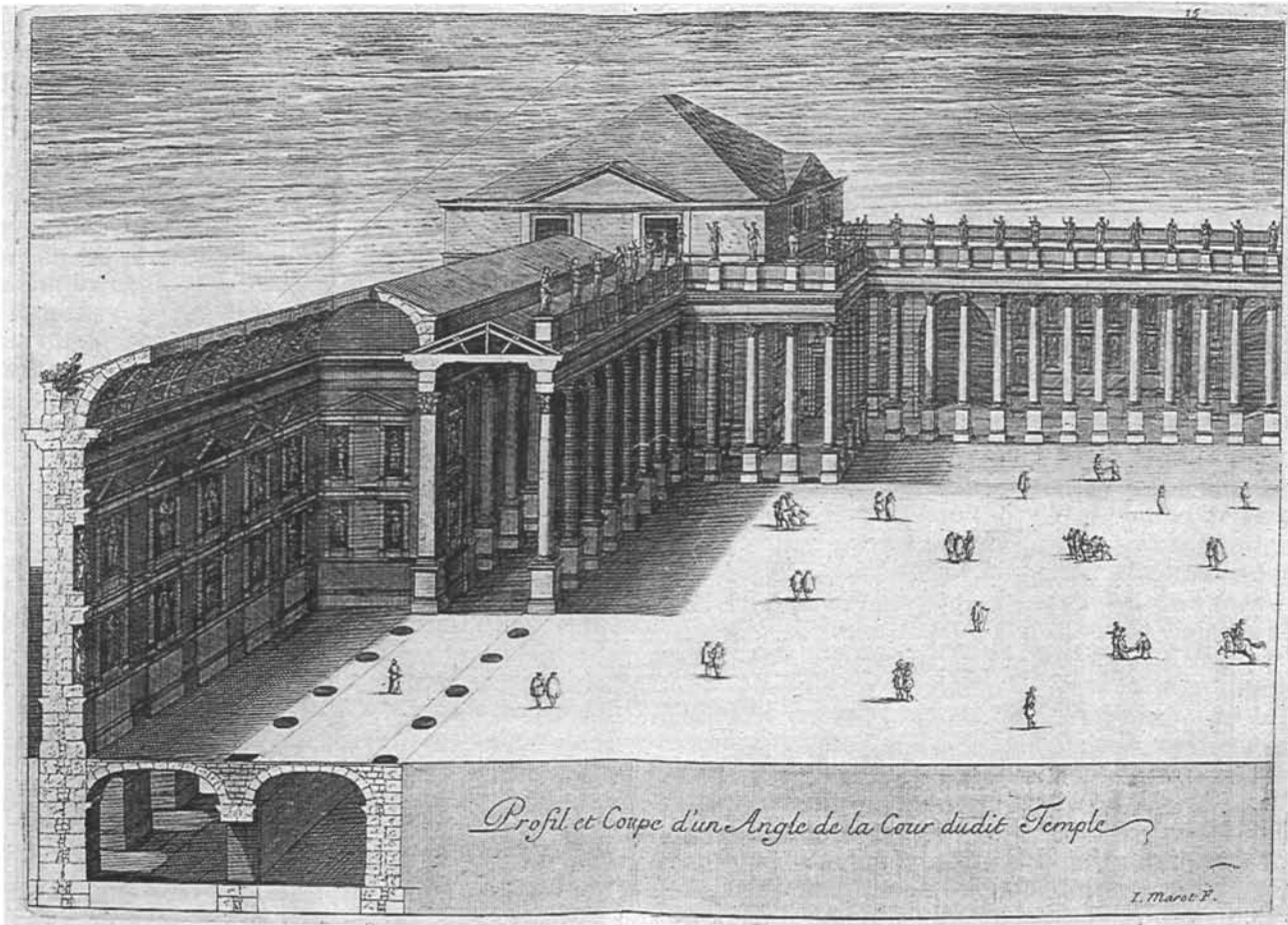
La prioridad de los egipcios en la evolución histórica conllevaba un entendimiento de la intervención divina de tipo indirecto, frente al directo que traslucía en la situación de los judíos en el origen de nuestra civilización. Esta lectura sólo podía darse en un momento en el que la *razón* pasaba a ser entendida como un acto humano independiente, frente a la idea de razón como acto de participación en la naturaleza divina que había caracterizado los sistemas metafísicos. Para una figura de la relevancia de Isaac Newton, la historia, la narración de los acontecimientos verdaderos, se mostraba como el único medio de acercamiento a la Divinidad y su creación. Una historia entendida desde un espíritu científico nuevo y no a través de argumentos metafísicos. Israel había sido tradicionalmente exaltada por haber sido el pueblo escogido por Dios, no sólo para la transmisión de las verdades religiosas, sino para la invención de las artes y de las ciencias. El resto de los pueblos de la antigüedad presentaban meras imitaciones de los hebreos. Los supuestos orígenes judíos de la cultura egipcia, a los que la tradición hacía referencia, no eran mencionados por los textos griegos cuando apuntaban su deuda con los egipcios.

La cronología de Newton –*The Chronology of Ancient Kingdoms amended*, 1728– se presentaba como un intento científico de magnificar la importancia histórica de los judíos, reafirmando el esquema histórico tradicional: los judíos como la verdadera fuente de la civilización del mundo antiguo. Consideraba que el reinado de Salomón marcó un hito histórico, el comienzo de los grandes imperios, precediendo por tanto a las grandes dinastías de Egipto.

Al igual que otros estudiosos de la época, Newton mostró su interés por la fábrica divina, el Templo de Salomón. En su *Chronology*, dedicaba el capítulo V a la descripción del Templo, descripción programática y matemática completada con tres grabados que nos muestran la libertad de su reinterpretación, alejándose de la comúnmente retomada solución de Villalpando para seguir directamente la visión de Ezequiel.

A pesar de que con este proyecto Newton reforzaba la importancia de esta gran estructura en el devenir de la historia de la arquitectura, se contradecía constantemente en la atribución de los orígenes de la civilización, otorgándoselos alternativamente al pueblo hebreo o a los egipcios.

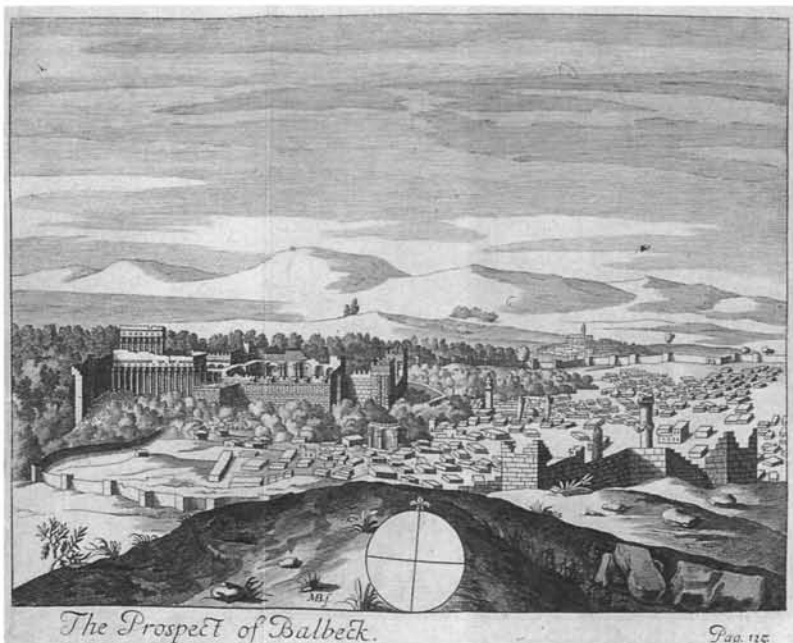
La ambivalencia de Newton es un ejemplo indicativo de lo que ha sido llamado «la crisis de la conciencia europea» de finales del siglo XVII: la transición de una civilización basada en una aceptación incuestionable de la cristiandad, a una en la que las ac-



Detalle del patio interior del gran templo de Baalbeck según Francois Marot. (British Library).

ciones humanas eran, cada vez más, justificadas en términos seculares –véase Gascoigne, John: «The wisdom of Egyptians and secularisation», en *The uses of Antiquity*, Londres. 1991.

Vista panorámica de Baalbeck, en Henry Maundrell: *A journey from Aleppo to Jerusalem*. Edic. 1703. (British Library).

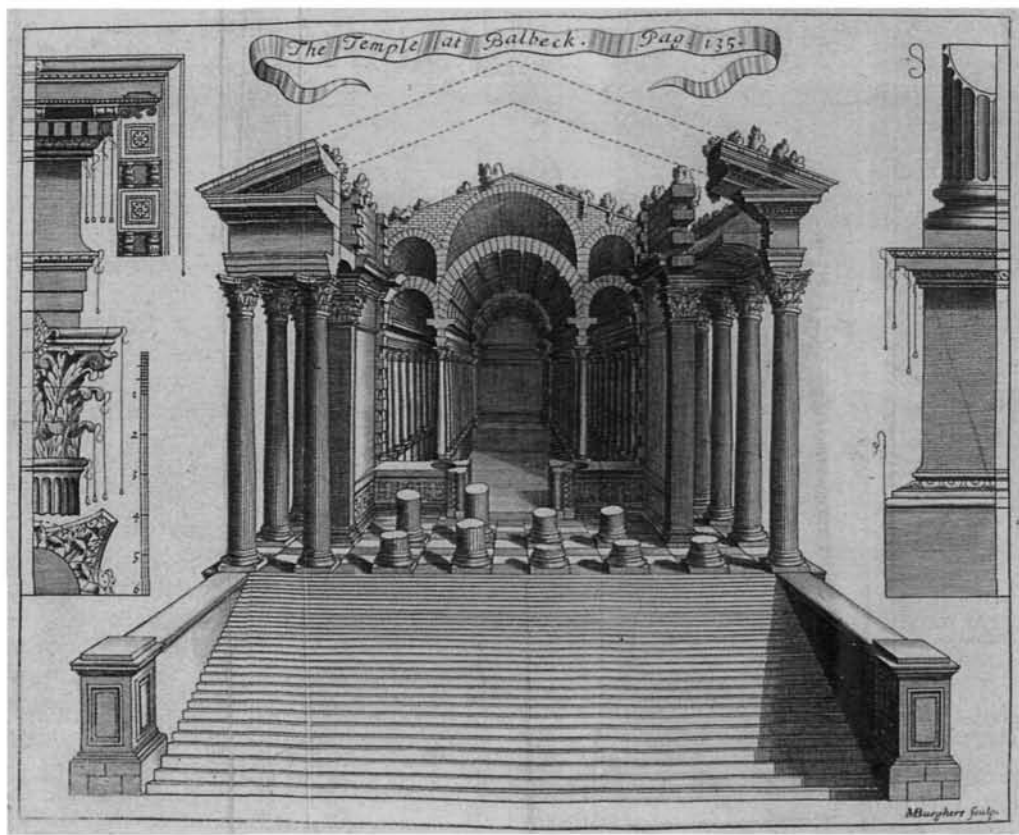


LOS LIBROS DE VIAJE Y LA DIVULGACION DE LA ANTIGÜEDAD

Origen de los viajes: sus inicios y sus causas

Los primeros viajes por la cuenca oriental mediterránea respondían, como hemos visto, a motivaciones religiosas. La querrela entre antiguos y modernos que tuvo lugar en la Francia de la segunda mitad del siglo XVII contribuyó, igualmente, a la reflexión sobre la autoridad del pasado, de la antigüedad; las dudas acerca de la historia de Grecia, Roma, y de los acontecimientos bíblicos que se potenciaron en el ámbito de la querrela, formaron parte de una reflexión europea que encontramos como causa fundamental de la realización de los primeros viajes hacia Tierra Santa.

De este modo, los viajes realizados por Sandy, Goujon, Spon y Wheeler, Le Bruyn, Halifax y Maundrell responden a una inquietud de tipo metafísico: parten con el ánimo de encontrar los orígenes del mundo, de la civilización, de lo divino y lo humano, situando en el ojo del huracán Tierra Santa y atravesando en el camino los desconocidos terrenos de Grecia y Asia occidental. Su inquietud les hace grandes observadores, capaces de recoger en magníficas descripciones –y en algunas ocasiones grabados– todo lo que llama la atención de su mirada. Serán ellos los primeros en abrir los ojos a los artistas europeos sobre la existencia de una antigüedad hasta ese momento desconocida.



El templo de Baalbeck, en Henry Maundrell: *A journey from Aleppo to Jerusalem*. Edic. 1703. (British Library).

La progresiva influencia de Locke, para quien el hombre debía centrarse en el estudio y la investigación del mundo que le rodea, aquel que sus sentidos pueden abarcar, hizo que los viajeros ingleses fuesen poco a poco renunciando a los objetivos que los embarcaron en los primeros viajes, interesándose cada vez más por la comprensión de las nuevas civilizaciones que en-

contraban, eso sí, en las rutas preestablecidas por los viajeros del XVII. La nueva comprensión del mundo había de venir dada por el conocimiento de estas nuevas civilizaciones que les podía acercar, de una forma distinta, hacia los tan buscados orígenes. Haremos referencia a los viajes de Breval, Perry, Pococke, Dalton y Robert Wood. Los autores de estos viajes simulta-

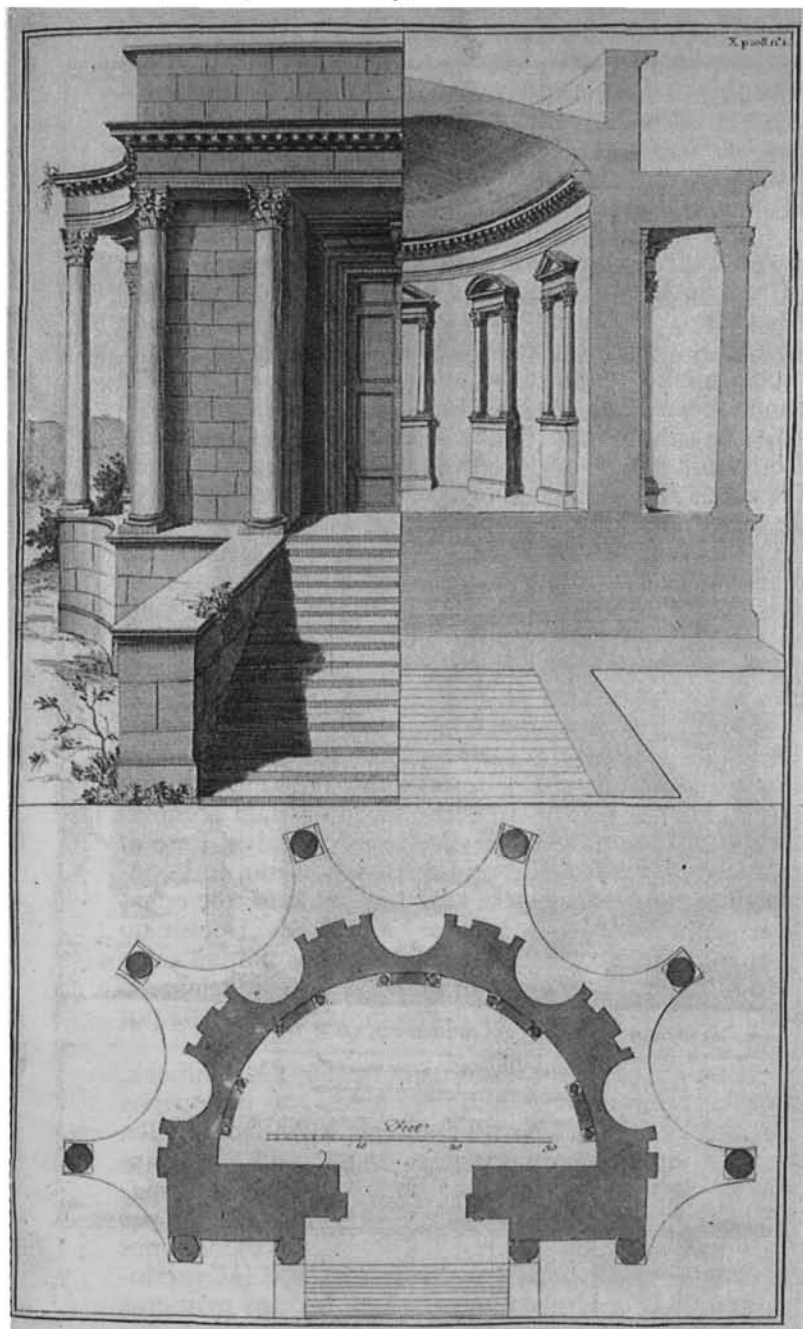
Templo de la Concordia en Agrigento, en John Breval: *Remarks on Several Parts of Europe*, 1738. (British Library).



neaban sus preocupaciones filosóficas con su curiosidad científica, sus lecturas de los textos profanos con las de los escritos bíblicos; el cientificismo se encontraba en la base de su búsqueda.

La divulgación de los grabados de la antigüedad realizada por los últimos viajeros citados fue arrastrando, progresivamente, a los arquitectos a la realización de estos viajes por Grecia y Asia Menor. Los nombres de Le Roy, Stuart y Revett, y Chandler, cubrirán el momento más interesante en la aproximación científica a los órdenes descubiertos en las antigüedades de la cuenca oriental mediterránea durante la segunda mitad del siglo XVIII, coincidente con lo que muchos han dado en llamar el segundo período de la Ilustración.

Templo en Baalbeck, en Richard Pococke: *A description of the East*, 1743. (British Library).



Hacia un nuevo orden arquitectónico

El primer viajero al que hacíamos referencia, el inglés George Sandys, publicaba en 1615 *A relation of a journey begun in 1610*, cuatro volúmenes en los que describía los asentamientos y ciudades recorridos a través del imperio otomano, en Turquía, Egipto, Tierra Santa, Siria, Chipre y Creta, así como Italia. Estas descripciones son acompañadas por estudios de la historia de las distintas civilizaciones, su situación política y las religiones que las rigen. Perteneciente al grupo de viajero-observador con motivaciones religiosas e intereses en la historia antigua, Sandys acompaña sus descripciones con una serie de dibujos que, a pesar de su ingenuidad, muestran su interés por expresar gráficamente aquellos temas que más sedujeron su atención: un plano de Troya –atribución personal del autor–, las pirámides de Egipto, la ciudad de Jerusalén, varios dibujos del Santo Sepulcro, el sepulcro de Zacarías, la capilla de la Ascensión, y algunas referencias al Templo de Salomón. Los intereses de Sandys fueron los que caracterizaron muchos de los viajes realizados durante las últimas décadas del siglo XVII.

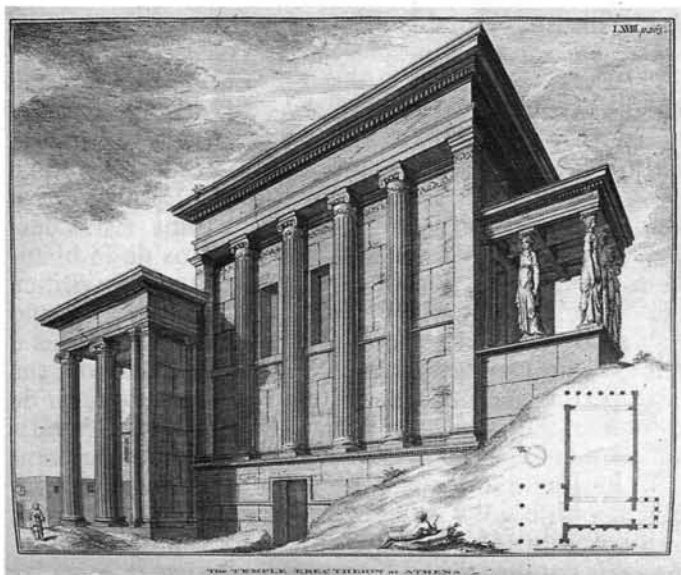
El religioso francés Jacques Florent Goujon publicaba en 1671 su *Histoire et Voyage de la Terra-Sainte*; su preocupación por plasmar gráficamente los edificios religiosos de Tierra Santa coincide con la expuesta anteriormente por Sandys, destacando especialmente aquellos que recogen la Iglesia del Santo Sepulcro –planta, fachada y sección-perspectiva–, así como la planta y elevación de la Iglesia de Belén.

Uno de los viajes que mayor trascendencia tuvo en la divulgación inicial de los elementos más representativos de la antigüedad griega fue el realizado en 1675-76 por el teólogo y erudito clásico francés Jacob Spon en compañía del aristócrata inglés George Wheler, botánico e historiador de la naturaleza, a quien conoció en Roma en 1675. Spon había viajado anteriormente con el anticuario Vaillant por el Adriático, para la adquisición de medallas. El viaje con Wheler se inició en Venecia el 25 de junio de 1675; pasaron por Pola, Spalato –dejando exhaustivas descripciones del palacio de Diocleciano– y de allí, vía Corfú, hacia Atica y las islas griegas. En Asia, como tantos otros viajeros de la época, creen encontrar Troya, dándose cuenta posteriormente de su error. De Constantinopla queda recogida la admiración por Santa Sofía. Después de visitar Delfos, llegan a Atenas donde, tras residir un mes, realizan una nueva excursión. Spon decide entonces regresar a Francia y Wheller, vuelto a Atenas, visita cabo Sounion.

Spon y Wheler, además de recoger objetos, midieron y anotaron todo aquello que llamó su atención. Mientras que Spon se interesó fundamentalmente por las medallas y las inscripciones, Wheler mostró sus preferencias por las ciencias naturales.

Spon publicaba sus notas de viaje en 1678 bajo el título de *Voyage D'Italie, De Dalmatie, De Grece, Et Du Levant, Fait és années 1675 et 1676 par Iacob Spon et George Wheller*. La versión de Wheler, *A journey into Grece*, no vio la luz hasta 1682; en ésta se incorporaban sus notas botánicas, pero no se recogían experiencias en suelo italiano.

Los dibujos publicados por Spon no responden a ninguna intención científica; la inexistencia de precisión gráfica no se corresponde con las detalladas descripciones de sus experiencias de viaje, pero son sufi-



El templo de Erechtheion en Atenas, en Richard Pococke: *A description of the East*, 1743. (British Library).

cientes para mostrar una realidad clásica divulgada por vez primera en Europa. Su ingenua planta del Palacio de Diocleciano en Spalato –primera publicación existente sobre el tema– nos muestra la amplia curiosidad de estos viajeros infatigables que recogían constantemente anotaciones sobre las distintas estructuras arquitectónicas, tanto del mundo pagano como del de la cristiandad. Asimismo Spon publica, entre otros, dibujos de las ruinas romanas de Pola –de obligada referencia en los libros de viaje posteriores– y su conocida versión del Partenón en la Acrópolis ateniense, la Linterna de Demóstenes (monumento de Lysíkrates), la Torre de los Vientos y, cómo no, el Theseión.

La imagen que Spon nos deja del Partenón es la única anterior a la explosión del polvorín que los turcos almacenaban en las estructuras de la Acrópolis y que tuvo lugar en septiembre de 1687. Esta versión, con su enorme intercolumnio central, nos muestra el desconocimiento que estos viajeros tenían sobre la arquitectura griega, y su incapacidad para el entendimiento y análisis de los monumentos arquitectónicos. Esta situación se verá completamente transformada en los libros de los viajeros del siglo XVIII cuando cambien los objetivos de aproximación a los elementos de la antigüedad. A pesar de su ingenuidad, el dibujo de Spon mostraba al mundo una realidad: la inexistencia de basas en el orden dórico utilizado en el templo. Este primer grabado del Partenón se convirtió en el único modelo hasta la publicación de Pococke de 1743.

En 1691 Will Halifax viajaba desde Alepo hacia la ciudad de Tadmor –Palmira– cuyo estudio exhaustivo queda recogido junto a un grabado de una vista panorámica de las ruinas en *The Philosophical Transactions*, de 1695. Se trataba de una descripción correcta y culta de lo existente, haciendo incursiones hipotéticas en lo que debía ser; comentarios históricos contextualizando la ciudad acompañan el estudio de Palmira. La publicación mencionada recogía los comentarios de Edmund Halley sobre los orígenes de la ciudad. Para Halley, Tadmor debía ser aquella ciudad que se decía que el rey Salomón había fundado en el desierto y llamado Thadamora, siendo posterior-

mente los griegos quienes la denominaron Palmyra. De este modo rebatía el comentario de Halifax quien, aceptando el nombre hebreo original de la ciudad, hacía referencia al mantenimiento del significado por los romanos que la pasaron a llamar Palmira, «palmera».

La aceptación de los orígenes hebreos por ambos autores corroboraba la asociación de lo clásico y lo divino, atribuía a los órdenes arquitectónicos unos orígenes religiosos que la Contrarreforma había rechazado.

El dibujo de Palmira publicado en *The Philosophical Transactions* era retomado en el libro de viaje de *Cornelle le Bruyn* de 1700 titulado *Voyage au Levant*: una relación de viajes, realizados durante veinte años, en la que se recogen observaciones no sólo del propio autor sino también de otros notables escritores. Su principal objetivo es dar a conocer dibujos exactos de ciudades, lugares y edificios que encontró en sus viajes, dibujos que, a excepción de ocho, fueron cuidadosamente realizados por el autor. Preciosísimas vistas panorámicas de las ciudades visitadas: Esmirna, Efeso, Constantinopla, Troya, El Cairo, Alejandría, Jerusalén, Alepo, Palmira... así como dibujos de las pirámides de Egipto, de las iglesias de Tierra Santa y tantas otras curiosidades recogidas en sus viajes por Asia Menor. Como tantos otros autores, las exhaustivas descripciones realizadas por Le Bruyn van acompañadas de estudios sobre la forma de vida de los distintos pueblos visitados, sus leyes, religión y costumbres.

El primer libro de viaje en el que encontramos un deseo expreso de recoger formalmente el estudio de ruinas de la antigüedad es el publicado por Henry Maundrell *A Journy from Aleppo to Jerusalem*, de 1697. Maundrell era capellán en la Factoría de Alepo, asentamiento base de la «Levant Company», compañía fundada en el siglo XVI que perduró 244 años, siguiendo en importancia a la «East India Company». La Compañía había servido de trampolín para muchos de los viajes por la cuenca mediterránea oriental, a través de su asentamiento en Alepo.

El viaje de Maundrell a Tierra Santa fue recomendado por Job Ludolphus con el deseo de que estudiase algunos puntos topográficos de la zona. Su viaje hacia Jerusalén fue iniciado con otros catorce residentes de la colonia de Alepo el 26 de febrero de 1697, regresando el 2 de abril.

Maundrell se apoyó, como era habitual, en uno de los viajes anteriores, el del también religioso Jacques Goujon que citábamos anteriormente, aunque justificó originalmente su trabajo como un intento de complementar gráficamente el realizado por Sandys. Pero al aparecer la publicación de Le Bruyn, Maundrell concentró sus esfuerzos en la realización de lo que echaba en falta en las publicaciones anteriores. Decide no insistir en lo que tantos otros peregrinos habían visto y descrito con anterioridad; véase la Iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén, tan correctamente recogida por Sandys.

El 5 de mayo del mismo año llegaban a Baalbeck, punto de referencia recogido por anteriores peregrinos en sus viajes hacia Tierra Santa y de lo que tenía buen conocimiento la colonia inglesa de Alepo. La descripción que Maundrell nos deja de la «antigua Heliópolis» se acompaña de unos dibujos del llamado «templo de Balbaeck» realizados tras las necesarias mediciones a las que el autor hace referencia. Son dos las versiones que de este templo aparecen en las dos primeras ediciones inglesas del libro: la primera, de 1703, que

coincide con los dibujos de una publicación realizada por el pintor francés Francois Marot, y la de 1714, con una reinterpretación del texto de Maundrell realizada por el arquitecto británico Hawksmoor.

En la misma línea de Maundrell van a surgir toda una serie de libros de viaje, como el del francés Jean de La Roque *Voyage de Syrie*, publicado en 1722, pero a partir de este momento, como ya dijimos, las publicaciones sobre la antigüedad cambian en su contenido y objetivos.

En 1738 se publicaba la descripción de una serie de viajes realizados por John Breval desde el año 1723, con el título de *Remarks on Several Parts of Europe*, e ilustrados con cuarenta grabados originales del autor, entre los que se recogen ruinas de templos, teatros, anfiteatros, arcos de triunfo y otros monumentos, tanto griegos como romanos, de Sicilia y del sur de Francia.

Con el viaje de Breval a Sicilia se inauguraba el interés por los templos de la Magna Grecia, interés que se potenciaría fundamentalmente en la segunda mitad del siglo.

Aunque el viaje de Richard Pococke puede ser considerado en muchos sentidos en la línea de aquellos que citábamos antes, la publicación de *A description of the East* supone ya el punto de articulación que va a dar lugar a un tipo de viaje y de viajeros con un interés más claramente científico por aquellos elementos estudiados mediante su observación y análisis. Pococke puede ser definido como el «viajero» propio de la Ilustración. Imbuido por una gran pasión por el viaje, inició su periplo entre los años 1733 y 1736 por Francia, Italia y otros países europeos. En 1737 comienza su deseado viaje a Levante. Su recorrido por Egipto coincidió

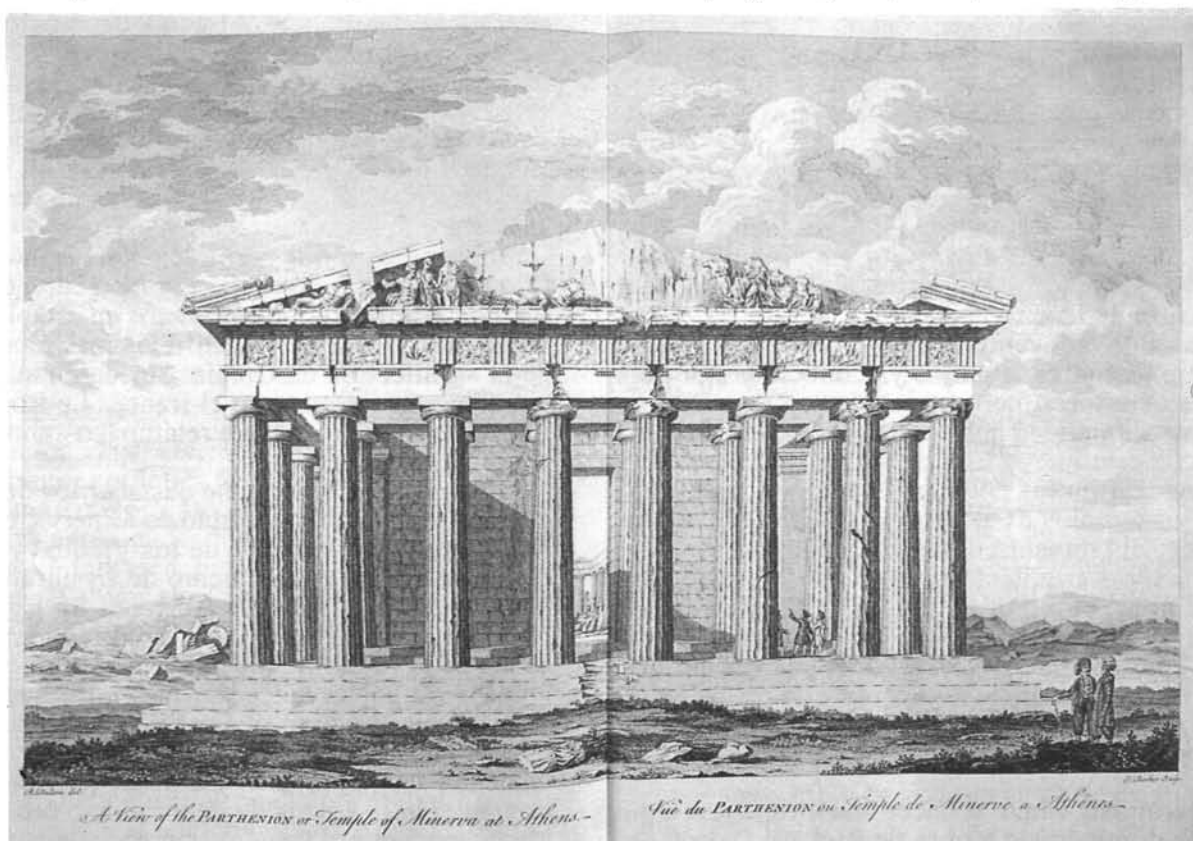
con el realizado por esos mismos años por el gran estudioso de las antigüedades egipcias, Frederick Lewis Norden. Posteriormente viajó a Tierra Santa, bañándose en el Mar Muerto para testificar uno de los relatos de Plinio. Llegó hasta Baalbeck y cruzó Asia Menor para adentrarse en Grecia.

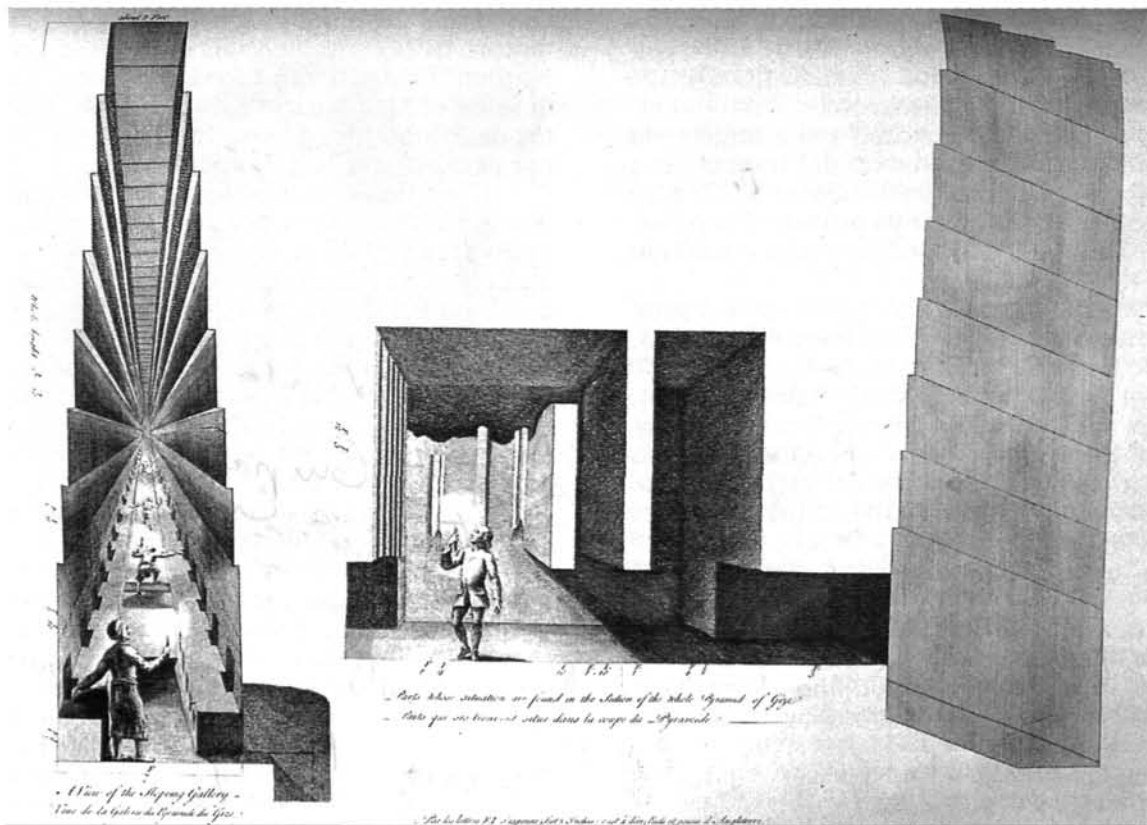
Los dibujos de Pococke de los «templos» de la Acrópolis ateniense van a suponer la primera verdadera divulgación en el siglo XVIII de las antigüedades atenienses. La publicación se dedicaba a Henry Herbert, conde de Pembroke, uno de los más grandes arquitectos *amateurs* junto con Richard Boyle, conde de Burlington. Pembroke promovió el neopalladianismo en Inglaterra, patrocinando al arquitecto Roger Morris, uno de los primeros en llevar a la práctica las nuevas tendencias clasicistas impuestas por los «hombres de gusto» de la aristocracia británica.

El cambio se había producido. Los viajes se programaban en función de los objetivos perseguidos, y las nuevas tendencias clasicistas impuestas por los conocimientos adquiridos por los aristócratas en su Grand Tour –Italia– trajeron consigo la indagación sobre esas ruinas que aquellos primeros viajeros peregrinos a Tierra Santa habían divulgado a través de las publicaciones de sus notas y experiencias de sus atrevidos viajes.

Apoyándose en los libros de Le Bruyn, Maundrell o De la Roque, Pococke estructuró su viaje, desarrollando una publicación en dos volúmenes. En el primero recoge sus observaciones sobre Egipto, incorporando una serie de grabados de gran calidad que muestran su deseo de dar una información formal precisa, aunque todavía lejos del científicismo que carac-

El templo de Minerva o Partenón, en Richard Dalton: *A collection of engraved plates*, 1751. (British Library).





La Gran Pirámide de Giza, en Richard Dalton: *A collection of engraved plates*, 1751. (Victoria and Albert Museum Library).

terizará las publicaciones inmediatamente posteriores. De gran interés serán sus estudios sobre los órdenes de la arquitectura egipcia, muy utilizados, junto a los de Norden, por los neo-egipcios de las últimas décadas del siglo.

En el volumen segundo se incorporan sus observaciones sobre Palestina, Siria, Mesopotamia, Chipre y, en una segunda parte, las islas griegas, Asia Menor y Grecia.

Su especial interés por la arquitectura queda ya claramente definido, dando una categoría a su publicación que pasa a ser comprendida como uno de los textos que a partir de este momento van a ser utilizados por los arquitectos europeos en la búsqueda de las nuevas fuentes de la antigüedad.

Sus dibujos recogen una amplia y variada información arquitectónica, algunos ya conocidos por publicaciones anteriores, pero mejorados en respuesta a la nueva intencionalidad que comenzó a caracterizar el desarrollo de este nuevo tipo de viajes. Entre sus dibujos se encuentran los del Santo Sepulcro, la iglesia de Belén, los templos de Baalbeck, la Gran Mezquita de Damasco, el convento de San Simeón Estilita, algunas estructuras arquitectónicas en Efeso —restos de teatros antiguos, el circo, el templo de Diana...—, los templos de Minerva —el Partenón—, Erectheion, Júpiter Olympius, Theseus... en Atenas, los de Roma y Augustus en Pola... y una serie de monumentos y de restos antiguos que contribuyeron inicialmente al conocimiento de las formas antiguas repartidas por la cuenca mediterránea.

Para terminar, vamos a hacer una última referencia, la de la divulgadísima obra de Richard Dalton, *A*

collection of engraved plates, publicada entre 1751 y 1752.

Dalton, dibujante y grabador, fue educado como artista; viajó a Roma para continuar sus estudios, visitando Nápoles, el sur de Italia y Sicilia donde se unió a un grupo que se disponía a partir hacia Constantinopla, Grecia y Egipto. Dalton fue considerado el primero en realizar verdaderos dibujos de los monumentos, de los restos antiguos en estas tierras, algunos de los cuales él mismo grabaría posteriormente.

Aunque los dibujos de Dalton no presentan un gran valor artístico ni científico —fueron barridos por la exquisita pero tardía publicación de Stuart y Revett llevada a cabo a lo largo de la segunda década del siglo— fueron, sin embargo, los primeros en establecer una divulgación certera de los edificios más representativos de la arquitectura en Grecia. Selección que posteriormente mantuvieron tanto el francés Le Roy —en la publicación fruto de su viaje relámpago— como los británicos Stuart y Revett.

Entre sus dibujos cabe destacar los del templo de Theseus, el Partenón o templo de Minerva, el Erectheus, la Torre de Andronicus o de los Vientos y la Linterna de Demósthene (monumento de Lysíkrates), en Atenas, así como el Arco de Adriano. En Egipto realiza toda una serie de dibujos de las pirámides, profundizando en la Gran Pirámide de Giza. El itinerario seguía el marcado por su antecesor más inmediato, Pococke, y establecía las directrices para lo que a partir de este momento será la búsqueda científicamente programada de los «connaisseurs» y artistas que desde entonces pretenderán la búsqueda de un nuevo orden arquitectónico mediante el estudio científico de la antigüedad.